



HOMILIA
Misa de Salida de la Sagrada Imagen
Visita 168 de la Divina Pastora
Monseñor Polito Rodríguez Méndez
Arzobispo de Barquisimeto

“Desde ahora me felicitarán todas las generaciones” (Lc1,48)

Amados hermanos y hermanas:

Nuevamente nos reunimos entorno a Nuestra Madre, la Divina Pastora de las almas en su visita número 168 a la ciudad de Barquisimeto. Hoy más que nunca con ese cariño y esa esperanza con la que un hijo, una hija, se dirige a su madre. Además, hemos recientemente concluido, con el cierre de la Puerta Santa, un año jubilar, un tiempo de gracia. El año jubilar ha terminado pero la esperanza no; por el contrario, se mantiene viva en nuestros corazones. Seguramente hoy, traemos con nosotros expectativas, sueños, proyectos, así como preocupaciones e incertidumbres que confiamos a la maternal intercesión de Nuestra Madre la Divina Pastora.

Todavía resuena en nuestros corazones la alegría de la Navidad que hace algunos días celebramos, particularmente con aquellas palabras del profeta Isaías: “El pueblo que caminaba en tinieblas vio una gran luz” (Is 9, 1). Tal como lo expresa el profeta, la venida del Hijo de Dios supone un cambio radical en nuestra historia, una nueva etapa, un nuevo comienzo marcado por la justicia, la paz, la reconciliación, donde ya no alce la espada pueblo contra pueblo ni se



adiestren para el arte de la guerra (Is 2, 4). Esto se ve reflejado de manera muy especial en Nuestra Madre la Virgen a quien hoy veneramos bajo la advocación de Divina Pastora de las Almas.

En efecto, como afirma la Virgen en el cántico que hemos escuchado en el Evangelio y que es el lema de esta visita número 168: *“Me felicitarán todas las generaciones (Lc 1, 48)”*, porque en ella se ha cumplido la Palabra, se ha encarnado en la historia, se ha realizado la obra de Dios, han sido derrotadas las tinieblas y la corrupción del pecado, la oscuridad del mal. También en cada uno de nosotros, en nuestro presente, el Señor quiere realizar su obra, hacer resplandecer su luz. Pero para ello, es necesario expulsar de nuestras vidas el mal y las tinieblas.

1. Denunciar la corrupción

Lamentablemente, por décadas la corrupción se ha vuelto parte de nuestra cultura, nos hemos acostumbrado a ella en nuestras familias, en nuestras instituciones, en nuestros hogares, en la economía, en la política; lo cual ha generado una descomposición ética y moral que nos afecta a todos. Por más que el mal pueda presentarse bajo apariencia de bien, nos divide, nos destruye, arruina nuestra sociedad y nuestras relaciones. Por esta razón, ni como humanos ni como cristianos nos podemos resignar ante el mal, ante todo aquello que atenta contra la dignidad humana y que destruye los derechos humanos fundamentales como el derecho a la vida, la libertad de expresión, el derecho al sufragio y demás derechos civiles y políticos establecidos en nuestra Carta Magna: la Constitución.

En este sentido, pedimos por todos los privados injustamente de libertad, por sus familiares; aplaudimos que algunos ya han sido liberados, pero faltan muchos otros cuyo clamor, y el de sus



familiares, no puede seguir siendo ignorado, y que, por lo tanto, será un gesto de reconciliación y de justicia que sean liberados cuanto antes posible. Encomendamos también a todos aquellos que se han visto en la penosa necesidad de emigrar en la búsqueda de oportunidades, por los que han sufrido el hambre y la escasez, por todas las víctimas de la violencia en todas sus formas; encomendamos a quienes han perdido la vida en los eventos del pasado 3 de enero en nuestro país. En todas las circunstancias el derecho a la vida es inviolable y sagrado.

Estamos llamados a permanecer en la libertad de los hijos de Dios y a defenderla, rechazando la tentación de la idolatría. El pueblo de Israel, a lo largo de su travesía por el desierto, cayó en la tentación de idolatrar un becerro de oro, manifestación del placer, del poder, del tener, del prestigio y de la fama, cayendo en la esclavitud y poniendo en riesgo la libertad que Yahvé, que es un Dios celoso, le había concedido. Por esta razón, nuestra vocación consiste en que, como María, Nuestra Madre, demos la primacía y la centralidad a la obra y a la acción de Dios, renunciando a la esclavitud de los ídolos. Nuestro Señor Jesucristo sigue siendo el único Rey y Señor de la historia, y continúa manifestando su misericordia colmando de bienes a los pobres y enalteciendo a los humildes, derribando del trono a los poderosos y despidiendo a los ricos vacíos (Lc 1, 52-53).

2. Un anuncio de esperanza para todos

Las palabras de la Virgen en el cántico del *Magnificat* son proféticas y alentadoras, vislumbran las maravillas que pueden tener lugar si dejamos que el Todopoderoso obre en nosotros como en ella (Lc 1, 49). Nos recuerdan que una transformación es posible, que los valores del Reino de Dios no son una utopía irrealizable sino una



promesa que Dios ya está cumpliendo en medio de nosotros. De esta manera, contemplando a María, Nuestra Madre, la Divina Pastora de las almas, encontramos el camino hacia una reconstrucción auténtica de nuestra sociedad y de nuestro país, donde todos tenemos cabida, donde cada uno pueda aportar y expresarse sin miedo.

En efecto, este cántico mariano no es una expresión egoísta o individualista, sino una manifestación de esperanza de todo un pueblo, en la misericordia de Dios que se derrama en sus fieles de generación en generación (Lc 1, 50). Desde esta perspectiva, que ninguno se sienta excluido o apartado, desde la Arquidiócesis somos favorables a la cultura del encuentro y de la escucha recíproca. Como su pastor los invito a todos: Autoridades políticas, empresarios, miembros de la sociedad civil, cuerpos de seguridad, fuerza armada, funcionarios públicos, hombres y mujeres de buena voluntad, a sumarnos a la reconstrucción de una sociedad donde todos seamos partícipes en la construcción del bien común que nos permita un desarrollo humano integral.

En efecto, como lo señala el artículo 299 de nuestra constitución y en línea con el Magisterio de la Doctrina Social de la Iglesia, entre los fines del estado resaltan el desarrollo humano integral y una existencia digna y provechosa para la colectividad. El desarrollo armónico de la economía nacional con el fin de generar fuentes de trabajo, elevar el nivel de vida de la población, garantizando la seguridad jurídica, la sustentabilidad y la equidad del crecimiento de la economía, para lograr una justa distribución de la riqueza mediante una planificación estratégica democrática.

Esto nos recuerda la corresponsabilidad que tenemos; no siempre otros asumirán en nuestro lugar lo que a nosotros como ciudadanos nos corresponde en primera fila, en relación a la construcción y a la custodia de la soberanía de nuestra patria. Es



lamentable que otros actores hayan asumido en los últimos años lo que a nosotros como ciudadanos nos corresponde en primera persona. Es por ello, que como lo expresó el Papa León XIV el pasado 9 de Enero ante el cuerpo diplomático acreditado ante la Santa Sede: *“no podemos renunciar a la búsqueda de soluciones políticas pacíficas que tengan presente el bien común de los pueblos y no la defensa de intereses partidistas”*.

3. Responsabilidad ciudadana y santidad

No podemos delegar en otros lo que es nuestro deber; como afirmaba el Santo Chileno Alberto Hurtado: “está bien no hacer el mal pero está mal no hacer el bien”. Cómo cristianos no nos podemos conformar con no matar o no robar, el Señor nos llama a evangelizar las estructuras de la sociedad y a vivir la santidad en el mundo del trabajo, de la política, de los medios de comunicación, del deporte, de la cultura, de la educación. Nuestra Madre, la Virgen, desde su realidad es testigo de la santidad de Dios; “su nombre es santo” (Lc 1, 49). Nuestros dos Santos venezolanos José Gregorio Hernández y la Madre Carmen Rendiles son también un punto de referencia de esa santidad en nuestra realidad venezolana. Ambos perfumaron con el buen olor de Cristo el mundo de la ciencia, de la medicina y del servicio a los más necesitados.

Por eso, esta fiesta de la fe que hoy celebramos entorno a Nuestra Madre la Divina Pastora, nos llama, siguiendo el ejemplo de nuestros santos venezolanos, a desterrar de nuestras vidas el pesimismo, la flojera, la cultura del mínimo esfuerzo, el individualismo, y a cultivar esos valores que como venezolanos nos caracterizan: la cultura del trabajo, de la solidaridad, la generosidad, el respeto. La Virgen María con sus palabras nos recuerda que es



posible seguir soñando y construyendo una sociedad pluralista y tolerante donde podemos poner en práctica una convivencia pacífica, y que, por consiguiente, no podemos seguir viviendo polarizados y enfrentados. Como afirma San Agustín en su obra *La Ciudad de Dios*: “No existe quien no ame la alegría, así como tampoco quien se niegue a vivir en paz”. Esto es lo que la mayoría de los venezolanos anhelamos profundamente.

4. La familia y los jóvenes

A este respecto, no se puede pasar por alto el rol preponderante de la familia; es en ella donde se comienzan a cultivar los valores democráticos y políticos de la tolerancia, del respeto, de la paz y de la honestidad. En las recientes fiestas navideñas contemplábamos también que el Hijo de Dios se hace carne, nace y crece en gracia, en edad y en sabiduría precisamente en el seno de una familia. En el contexto de ese equilibrio entre la dulzura y el cariño de la Madre, la Virgen María, y el coraje, la fortaleza y la sabiduría espiritual de San José. Cuántos desafíos afrontan las familias venezolanas, cuántas amenazas le acechan; sin embargo, como María y como José, no podemos dejar de apostar por la familia, por custodiarla, protegerla y defenderla.

En este mismo orden, una palabra dirijo a ustedes queridos jóvenes; también ustedes son protagonistas en la construcción de una nueva sociedad. Como afirmaba un poeta y diplomático francés: “La juventud no está hecha para el placer sino para el heroísmo”. Es doloroso que millones de jóvenes de todo el mundo, por citar algún ejemplo, se conviertan en víctimas del consumo de drogas. A este respecto, como lo ha afirmado en estos días el Papa León XIV, debe haber por parte de las políticas gubernamentales una mayor inversión



en desarrollo humano, educación y creación de oportunidades de empleo. Así como ajustes salariales que garanticen condiciones de vida acordes con el principio de la dignidad humana.

5. Los migrantes, el encuentro y la reconciliación

Si esto se cumple, entonces muchas familias no se verán en la forzosa necesidad de emigrar, muchos jóvenes no se verán obligados a dejar la tierra que los vio nacer para ir en búsqueda de oportunidades, muchos que se encuentran fuera podrán regresar. Todos anhelamos ese reencuentro, ese abrazo, no solo con quienes se encuentran en otras latitudes, sino con aquellos de los cuales, aun estando cerca, nos hemos alejado o distanciado a causa de las ideologías, de las tendencias partidistas o de los resentimientos. No podemos considerarnos auténticos devotos de la Divina Pastora y, al mismo tiempo, vivir polarizados, divididos e indiferentes ante el sufrimiento del prójimo.

El Misal Romano nos ofrece una amplia variedad de plegarias eucarísticas entre las cuales se encuentran las de la reconciliación; en concreto, la plegaria eucarística de la reconciliación número 2 reza lo siguiente: “En una humanidad dividida por las enemistades y las discordias el Espíritu mueve los corazones de los hombres para que los enemigos vuelvan a la amistad, los adversarios se den la mano, el amor venza al odio y la venganza deje paso a la indulgencia”. Los anuncios proféticos y las promesas de paz y concordia que trae el Mesías siguen siendo válidos y actuales, especialmente para nuestra amada patria Venezuela.

Ahora bien, esto implica no dejarnos envolver por falsos mesianismos y falsas promesas halagadoras detrás de las cuales se esconden intereses mezquinos y anti-democráticos. No nos podemos



dejar guiar únicamente por las emociones y los impulsos, ni dejarnos manipular, sino examinar por medio de la razón y a la luz de la fe los principios que verdaderamente corresponden con nuestra identidad pacífica y conciliadora. Como dice el apóstol San Pablo: “Examinen todas las cosas, retengan lo bueno y apártense de toda clase de mal” (1Ts 5, 21-22).

Esto requiere de nuestra parte tender puentes que nos unan y nos acerquen, y no muros y barreras que nos distancian y nos separan, crear lazos y alianzas y no divisiones. Por muchos años hemos vivido la amargura y la tristeza del odio y de la separación, ahora es el momento de reconstruir tantas fracturas, de sanar tantas heridas, de dejar que Jesús, el buen Samaritano, nos unja con el aceite de su misericordia que sana los corazones heridos. Como lo anuncia el profeta Isaías: El Mesías ha sido enviado para traer la buena noticia a los pobres, para vendar los corazones rotos, para proclamar la liberación a los cautivos y a los prisioneros la libertad, para consolar a los afligidos y restaurar a los que hacen duelo (Is 61, 1-3).

Para finalizar. Pongamos toda nuestra confianza en Aquel cuyas promesas cumple y como Isabel digámosle a Nuestra Madre la Santísima Virgen: “Dichosa tú que has creído, porque cuanto te fue anunciado de parte del Señor se cumplirá” (Lc 1, 45) ... Viva la Divina Pastora...